

Norman Spinrad



**EL JUEGO
DE LA MENTE**

Norman Spinrad sumerge con maestría al lector en una historia cuya posible realidad ha inquietado y estremecido desde siempre a la humanidad, y a algunos, desgraciadamente, les ha tocado vivir. *El juego de la mente* es el relato sobre una mujer a la que le han sustraído la voluntad. Ella es una más de un vasto plan de control de las mentes ajenas llevado a cabo por otras mentes, inteligentes aunque enfermizas, después de un siniestro y ambicioso trabajo de investigación. Entre la realidad y la ficción, el novelista imprime un fuerte ritmo a la narración, en la que un matrimonio queda roto por las seductoras artes de una organización cuyo objetivo es captar nuevos asociados para los enloquecidos sueños de dominación de sus dirigentes. Nada ni nadie puede detener el proyecto de la sociedad Transformalista, y quienes se enfrenten a ellos deberán correr el riesgo de perder sus conciencias, cuando no sus vidas. Junto a su protagonista, un joven director de cine californiano, el lector descubrirá el juego peligroso de las técnicas de programación mental utilizadas por sus enemigos, única manera de introducirse en la organización que ha conseguido hacerse con la sumisión de su esposa.

*El Orden es el enemigo del Caos.
Pero el enemigo del Orden es también enemigo
del Caos.*

GREGOR MARKOWITZ

I

El sudor hacía que la camisa se le pegara al respaldo del asiento del Triumph. Los ojos le escocían por la contaminación del Valle de San Fernando, y sentía el cerebro embotado por el cansancio. Jack Weller salió de la autopista de Ventura en dirección a Moorpark. Otro día, otros diez minutos grabados de *Monkey Business*, otro pedazo de mi vida vendido por cien dólares y mi nombre en los títulos de crédito como director de un anodino programa infantil, pensó. Pero no me interpretes mal, me encanta Hollywood.

Moorpark abajo (gasolineras, Palacios de la Hamburguesa, supermercados, almacenes gigantescos), izquierda, derecha, izquierda, y a la calle donde vivía. Interminables mansiones anónimas estilo rancho, inadecuadamente veladas por árboles y densos arbustos. Oh, ¿el síndrome del *baluarte*? Aparcó junto al viejo Porsche rojo de Annie en el patio del garaje. Imagen, imagen, ¡el precio que pagamos por la imagen! Todo aspirante a director o a actriz que quisiera la comodidad de un coche con aire acondicionado tenía que utilizar un Cadillac último modelo o al menos un Buick atrayente... todo lo demás parecía pobre, y eso era el beso de la muerte. Así que tener dos coches deportivos proporcionaba una imagen aceptable dentro de lo barato.

Annie le esperaba en el comedor, esbelta, rubia y encantadora, con su caftán de flores y los ojos vacuos y cansados, pobre chica.

—Hola, cielo —dijo ella, dándole un breve beso formal.

—¿Cómo te fue? —preguntó Weller, dirigiéndose al bar y sacando lo necesario para preparar los martinis.

Annie suspiró.

—Como de costumbre. Harry ha acordado una prueba la semana que viene para un papel en un anuncio de perfumes. Y un cliente suyo está trabajando en un guión donde puede que haya algo para mí si es que llega a venderlo alguna vez. ¿Qué tal te ha ido a ti con el mono?

Weller sirvió dos martinis, le tendió uno, se sentó junto a ella en el sofá y bebió un largo sorbo.

—Más divertido que con un hatajo de productores. Nuestra querida y maravillosa figura paternal apareció con resaca, los chicos se dedicaron a insultarse mutuamente y el maldito chimpancé se cagó dos veces en el plató.

—Pero no me interpretes mal, me encanta Hollywood —coreó Annie junto a él. Se echaron a reír y se relajaron.

El aire acondicionado empezaba a refrescarle, y el martini comenzó a aflojar unos cuantos nudos en su estómago. Para que vean esos que dicen que tengo todo lo que quiero, reflexionó Weller. Quinientos dólares fijos a la semana, más o menos, por dirigir un programa de televisión, aunque sea infantil. Veinte de los grandes del valor de la casa, aunque esté en el Valle. Una esposa hermosa que me ama, aunque tengamos nuestros problemas. El techo de un hombre es el suelo de otro.

—¿Qué hay para cenar? —preguntó Weller; se sentía igual que cualquier trabajador al volver a casa con su mujercita.

Y odiaba esa sensación.

—Costillitas chinas y mazorcas de maíz —dijo Annie—. Sírveme otro mientras voy a echarles un vistazo.

El estómago de Weller envió un mensaje de placer a su enfurruñado cerebro. Era uno de sus platos favoritos, y que Annie lo preparara era siempre como un pequeño detalle amoroso que parecía sobrevivir por encima de las frustraciones de ella con su carrera de actriz y de las suyas por seguir anclado al pie de la larga escalera de subida, tan lejos de la posibilidad de dirigir películas o incluso capítulos televisivos de cierta importancia como dos años antes. Al me-

nos no hemos llegado al punto de separarnos, pensó mientras servía otras dos bebidas. Todavía.

Annie entró en la cocina, y Weller volvió a sentarse en el sofá, sin dejar de sorber su bebida y contemplar el mobiliario. ¡Cómo odiaba aquella alfombra que cubría todo el suelo, los trastos estilo danés moderno, el gran aparato de televisión en color, la mediocridad de todo el entorno! Cinco años y aún no podía pensar en esta casa como en su hogar, como algo permanente. Una casa era un lugar grande y lujoso en las colinas de Hollywood, con piscina, jardín y sauna; el lugar donde irían a vivir cuando Annie fuera una estrella y él un director de primera fila. Peor todavía que la sensación de transitoriedad hubiera sido aceptar aquella casa como un logro definitivo, en lugar de considerarlo como una mera escala en el camino a la cima. Solo tengo treinta y un años, pensó, y Annie no tiene más que veintinueve. No somos tan viejos como para quedarnos atascados donde estamos.

—¡Vente para acá! —le llamó Annie desde la cocina.

Weller apuró el resto de su bebida, con la atención apartada de estos pensamientos y concentrada en el agujero de su estómago. Pasó al comedor, feliz de tener que pensar solamente en las costillas y el maíz.

Después de acabar con dos mazorcas de maíz untadas de mantequilla y un plato de crujientes costillitas agris dulces, Weller empezó a relajarse. Miró a Annie a los ojos y empezó a sentirse cómodo. Probablemente harían el amor antes de sentarse delante de la tele esa noche.

A pesar de todo (un par de breves intentos de *swinging* experimental, tres orgías decepcionantes y unos cuantos ligues tangenciales) aún podían satisfacerse mutuamente en la cama. Weller había descubierto rápidamente que las otras mujeres con las que estuvo durante los seis años de su matrimonio eran aburridas si las comparaba con Annie.

Annie siempre le había dicho que los otros hombres la dejaban con la misma sensación, y nada en su vida común le había hecho sospechar que se tratara de una mentira piadosa. Llevaban más de dos años manteniéndose fidelidad absoluta, tras haber aprendido, si no otra cosa, que su vida sexual conjunta no era la fuente de sus frustraciones mutuas, que las aventuras extraconyugales no eran la cura para la falta de satisfacción en sus carreras.

—Te amo, encanto —dijo Weller, alargando la mano por encima de la mesa y acariciándole la mejilla.

—Somos gente encantadora —dijo ella.

Se acariciaron, se miraron, y se besaron, y luego entraron en el salón, quitándose las ropas mientras caminaban, e hicieron el amor sobre el sofá verde, disolviendo el tedio y la frustración del día, al menos temporalmente, con la fusión de sus cuerpos.

Pero era inevitable que dicha fusión terminara, y se encontraron una vez más desnudos uno contra el otro, tumbados en el sofá y contemplando de modo ausente la televisión.

Para los Weller, igual que para doscientos millones de personas, el televisor era un alivio artificial contra el aburrimiento, contra la necesidad de rumiar las cosas que se habían dicho un millar de veces solo para llenar un hueco. Pero para ellos era también un instrumento de autoflagelación. Weller contemplaba los programas de mayor audiencia sabiendo que eran basura rutinaria, despreciando a los directores que se habían fraguado una carrera segura en la televisión importante y que ya no se quemaban haciendo encargos. Y sin embargo, cada vez que el rótulo con el título de director aparecía en la pantalla, era como si le dieran una puñalada en la barriga. Y es que los don nadie que dirigían aquellas basuras estaban aún muy por encima de Jack Weller y su programa con el mono de los sábados por la mañana, y nunca veía una secuencia que pudiera admirar, que no supiera que él podía hacer mejor. Y Annie compara-

ba el rostro y la figura de cada una de las actrices con el suyo, incapaz de comprender por qué conseguían todo el trabajo mientras que ella tenía que hacer cola y esperar la ocasión de un anuncio publicitario o un simple trabajo de figurante.

—Plano general, primer plano, plano general, primer plano, fundido —murmuró Weller, viéndolo todo solo en términos de fórmula.

Weller se preguntaba por qué veía tanta porquería; desde luego, no había nada que pudiera aprender de ella. ¿Pero qué habían hecho en aquellos períodos intermitentes sin televisión? Vieron películas que les hacían sentirse aún más envidiosos. Se reunieron con colgados tipo Hollywood que conducían a *swingings* de los que a su vez derivaban más reuniones. Fiestas con personas que estaban aún peor que ellos, donde ellos eran objetos de envidia. Charlas de tú a tú que terminaban en miradas sombrías que les hacían odiarse y maldecirse por el aburrimiento mortal que generaban. ¿Qué les faltaba en la vida? No necesitaban devanarse los sesos ni un consejero matrimonial para saberlo. Éxito, eso era lo que les faltaba, y para eso no había ningún sustituto.

—Mírala —dijo Annie—. Camina como un zombie. Tal vez debería dedicarme a buscar otro agente...

El sonido del teléfono interrumpió el trance televisivo. Annie se levantó y lo atendió.

—Hola, Bob... ¿Qué...? ¿De veras? Le preguntaré. Espera. —Se volvió hacia Weller, de pie junto a la mesita del teléfono—. Son Bob y Susan Shumway. Van a ir al Centro de Celebridad Transformacionalista esta noche. Bob quiere saber si nos gustaría reunirnos con ellos allí.

Bob Shumway era un escritor de televisión con bastante éxito. Tres años antes, Bob, Susan, Jack y Annie habían tenido un breve intercambio de parejas que rápidamente se enfrió hasta convertirse en una amistad distante. Bob era una especie de trepa de Hollywood que siempre intentaba

estar a la última y asistía a las fiestas adecuadas donde poder conocer a las personas adecuadas. Weller admiraba su estilo, aunque solo en pequeñas dosis.

—¿Qué es el Centro de Celebridad Transformacionalista? —preguntó.

Había oído hablar vagamente del Transformacionalismo. Era uno de aquellos cultos de elevación de la conciencia, como Arica, EST o la Cienciología, sobre los que tenía una opinión muy pobre. De alguna manera, aquello no parecía encajar en el estilo de Bob Shumway.

—Bob dice que es una especie de club privado dirigido por los transformacionistas. Las bebidas son gratis. Todo muy Beverly Hills.

—¿Quieres ir, Annie?

Ella se encogió de hombros.

—No tenemos otra cosa mejor que hacer.

—Déjame hablar con él —dijo Weller, y se acercó al teléfono—. Hola, Bob. ¿Qué pasa?

—Pensé que os gustaría venir con nosotros al Centro de Celebridad, tío. Solo lleva un par de meses abierto, pero es un sitio interesante.

—No sabía que te interesara jugar a los gurús, Bob.

—Eh, puedes olvidarte de toda la bazofia transformacionalista. Lo importante es que el Transformacionalismo tiene mucho jugo, y este centro está diseñado para atraer a los peces gordos de Hollywood.

—¿Y?

—Tiene un ambiente bastante agradable, y te llenan de bebidas gratis. Y un montón de gente empieza a asomarse por allí. ¡Contactos, chico! Los que dan forma a la industria. La gente guapa. Echa un vistazo. Puede que sea el lugar adecuado donde entablar el Gran Contacto. ¿Qué me dices?

—Espera un minuto, Bob. —Weller miró a Annie—. ¿Quieres ver si podemos conocer a alguien que nos pueda convertir en estrellas en ese garito gurú? —preguntó sardó-

nicamente—. Al menos podremos tener bebida gratis —añadió imitando la voz de W. C. Fields.

—Claro —dijo Annie, parcamente. Pero por el brillo en sus ojos Weller sabía que ya estaba fantaseando con la posibilidad de conocer a Joe Levine. La esperanza brota eternamente, pensó, sintiéndose un poco triste, un poco protector.

—De acuerdo, Bob. Nos veremos a eso de las ocho y media.

—Que sea en punto. Quedamos en el aparcamiento.

—Roger.

—Diez-cuatro, chico. Nos vemos.

Las montañas de Santa Mónica se dirigen hacia el mar de este a oeste, formando una barrera natural entre los suburbios del Valle de San Fernando al norte y el brillo y esplendor de Hollywood y Beverly Hills al sur. Desde lo alto de Mulholland Drive, Weller podía ver el vasto panorama nocturno de Los Ángeles convertido en una brillante alfombra de luz. Mientras descendía con su descapotable por la pendiente de Beverly Glen Boulevard en dirección a Beverly Hills, de curva en curva, con el pelo rubio de Annie agitado por el fragante aire nocturno, vivió por un momento dentro del personaje de Hollywood que ansiaba ser. Beverly Hills, Bel Air, Malibu Canyon, Topanga, Laurel Canyon... aquellas colinas eran el hábitat de quienes lo habían conseguido; este era el sitio al que pertenecían.

Dejaron atrás las colinas y se internaron en las calles del centro de Beverly Hills, calles vacías de peatones incluso a esa hora, pues la acción tenía lugar muy en privado, tras las puertas cerradas. Weller entró en el aparcamiento del Centro de Celebridad Transformacionalista. Había unas dos docenas de coches aparcados: Jaguars, algunos Porsches más viejos, un par de Cadillacs, pero también algunos deportivos baratos e incluso una furgoneta Volkswagen. Weller

aparcó al lado del magnífico Aston-Martin de Bob Shumway. Bob y Susan estaban recostados contra el coche, Bob un poco barrigudo con su traje de color crema y Susan oscura y voluptuosa con una falda azul noche y una blusa roja que le dejaba la cintura al descubierto.

—Hola.

—Hola.

Besos, besos.

—¿Venís aquí muy a menudo? —preguntó Annie mientras salían del aparcamiento.

—Algunas veces —respondió Susan.

—Lleva poco tiempo abierto —dijo Bob—. Está empezando a adquirir fama. Los auténticos peces gordos aparecerán de un momento a otro. Es el único salón gratis de la ciudad.

Llegaron a la entrada: una puerta marrón en una fachada sin rasgos. Una pequeña placa de bronce lo identificaba como «Centro de Celebridad Transformacionalista».

Nada más entrar, se pasaba a una pequeña zona de recepción con paredes azules. Al frente había otra puerta cerrada con otra placa de bronce que decía:

TRANSFORMAD A LOS QUE TRANSFOR-
MAN Y TRANSFORMAD EL MUNDO.
TRANSFORMAD EL MUNDO Y TRANS-
FORMAD VUESTRAS PROPIAS VIDAS.

John B. Steinhardt

Junto a la puerta había una mesita, y tras esta un joven de mirada intensa con una carpeta llena de papeles y un bolígrafo.

—Buenas noches, y bienvenidos al Centro de Celebridad Transformacionalista —dijo amablemente—. Por favor, firmen aquí.

Tendió a Weller la carpeta y el bolígrafo. El impreso tenía recuadros para el nombre, la dirección, número de teléfono y si había visitado o no el Centro de Celebridad antes. Weller dirigió a Bob Shumway una mirada insidiosa, pensando «ya me he metido en otra lista de ventas por correo», rellenó el impreso y se lo pasó a Annie.

Una vez cumplimentado el impreso, el asistente les abrió la puerta y entraron en una habitación con el techo de color crema, papel rojo aterciopelado en las paredes y suelo de madera oscura. En una pared había una barra con un espejo detrás, y en mitad de la pared opuesta, un escenario pequeño. El resto de la habitación estaba lleno de mesitas de café. En la otra pared había una enorme fotografía en blanco y negro de un hombre fornido con el pelo largo y gris y un bigote del mismo color. Había treinta o cuarenta personas desperdigadas por la habitación, y unas pocas estaban sentadas ante la barra. Una suave música anónima sonaba al fondo.

Se sentaron en una mesa cerca del bar. Bob Shumway recorrió la habitación con la mirada.

—Un par de productores de televisión; unos cuantos actores; Eddie Berger, de GAC; ese como-se-llame que escribe la mitad de las series policíacas de la ciudad, un crítico de *Los Ángeles*, nada más. Parece que hasta el momento la noche no es gran cosa.

Apareció una camarera vestida con una blusa blanca y pantalones negros, también con aquella mirada intensa.

—¿Qué les apetece, amigos? Todas las bebidas son cortesía del Transformacionalismo. Que disfruten su velada y se marchen transformados.

La breve perorata se le antojó a Weller un anuncio de televisión viviente. La camarera tomó sus pedidos y se dirigió a la barra.

—Curioso —dijo Weller, volviendo la cabeza en su dirección.

—Sí —dijo Susan—. Me recuerdan al Ejército de Salvación, todos limpios, brillantes y con los ojos muy abiertos.

—Pero tienen un buen local —dijo Bob, tal vez un poco bruscamente—. ¿Cómo os van las cosas, chicos?

—Aún tengo un contrato para hacer catorce capítulos de *Monkey Business* al año —dijo Weller—. Annie tiene una entrevista la semana que viene para un anuncio... —dirigió a Annie una mirada de simpatía y doró un poco la píldora... y está preparando un papel importante.

—Es un guión sin vender —añadió ella, un poco cansinamente.

Bob sacudió la cabeza.

—Programas con monos. Mierda de agentes. ¿Qué es lo que os pasa, chicos? Tenéis talento, los dos...

—¡Bob! —reprendió Susan—. ¿Quieres dejarlos en paz? Bob olvida que si no hubiera encontrado borracha a Annie Palucci, probablemente aún estaría escribiendo guiones para películas de dibujos animados.

—Por el amor de Dios, Susan, esa es la clave. No es lo que sabes, sino...

—A quién conoces —corearon los otros tres.

La camarera llegó con sus bebidas. Las sirvió con un pequeño cuenco lleno de nueces y con cuatro copias de un folleto litografiado que tenía en la portada la misma fotografía que colgaba en las paredes junto con las palabras: «¡El Transformacionalismo y tú!».

—¿Quién es este tipo? —preguntó Weller.

Bob alzó su vaso y brindó hacia la foto de la pared.

—Es nuestro anfitrión y benefactor, John B. Steinhardt —dijo—. Gurú del Transformacionalismo y propietario *in absentia* de esta noble sala.

—Es un tipo raro —opinó Weller.

—Si no recuerdo mal, era escritor de ciencia ficción —dijo Susan. Dirigió a Bob una sonrisa falsa—. Todos los escritores están locos.

—¡Eh, Bill, por aquí! —Bob había visto a un hombre calvo de mediana edad que estaba bebiendo en la barra. Mientras se acercaba a ellos, Bob le susurró a Weller—: Bill Wallenstein, editor de *Harrison & Company*. Saca la mejor tajada, Jack, chico.

Wallenstein se sentó junto a ellos; no parecía demasiado sereno.

—Te presento a Jack Weller —dijo Bob—. Es director.

—¿Sí? ¿Qué ha dirigido? —dijo el editor con cierta beligerancia.

—Y esta es la esposa de Jack. Annie Weller, actriz.

Wallenstein dirigió una sonrisa mareada a Annie.

—Ah, sí, creo que conozco su trabajo —mintió claramente. Annie le dirigió una sonrisita y empezó a hojear el panfleto. Un editor de una serie de televisión tenía a menudo tanto que ver con la contratación de directores como la chica encargada del *script*, y aún menos en lo que se refería al *casting*. Lo que, sin embargo, no siempre les impedía usar el viejo truco del «diván de prueba».

—Esto... ag... ¿cómo te va, Bill? —dijo Bob, un poco inquieto.

—Ah, como de costumbre —gruñó Wallenstein—. Tenemos un par de guiones apestosos, y además Irv quiere que retoque yo mismo otros dos este mes, mientras se reescribe la basura que tenemos. Oye... ¿por qué no haces algo por nosotros, Bob?

—Lo siento —dijo Bob—. Estoy trabajando en un telefilm, y felizmente comprometido.

—*Bastardo afortunado* —murmuró Wallenstein—. Por cierto, señora Weller, tal vez le gustaría venir al estudio, y es posible que pueda presentarle a Irv...

¡Oh, hermano! Annie no se molestó en alzar la vista; continuó leyendo.

—¿Señora Weller...?

—¿Annie?

—¿Eh? —Annie alzó finalmente la mirada—. ¿Qué...? Lo siento.

—Decía que tal vez le gustaría venir al estudio: podría presentarle a mi productor.

Annie le dirigió una sonrisa agrídulce.

—Estoy comprometida para las próximas dos semanas, tal vez pueda llamarle después —dijo, e inmediatamente volvió a leer *El Transformacionalismo* y tú.

—A mí me encantaría ir al estudio y conocer a su productor —dijo Weller, sonriendo a Wallenstein y poniendo un ligero tono zumbón en su voz—. No será usted *bi por casualidad*, ¿verdad?

Wallenstein bajó la mirada, cortado. Bob parecía espantado. Susan intentó sofocar la risa. Annie continuó leyendo, ignorando la escena.

—Buenas noches, damas y caballeros, y bienvenidos al Centro de Celebridad Transformacionalista.

Justo a tiempo, una mujer alta, de pelo grisáceo, casi irreal, había subido al escenario y se había puesto a hablar a través de un pequeño micrófono que llevaba colgado al cuello. Se comportaba como una actriz, y sus ojos verdes y fríos dominaban la sala.

—Oh-oh —dijo Bob—, ahora vienen los anuncios.

—Para aquellos que asisten por primera vez, déjenme decirles de qué trata todo esto. ¡Cándidamente, el Transformacionalismo les quiere! —Señaló hacia el centro de la habitación (¿deliberadamente?), imitando el famoso poster del Tío Sam—. ¡Y queremos que *ustedes* quieran al Transformacionalismo! El Transformacionalismo tiene centros esparcidos por todos los Estados Unidos y el mundo occidental. Unos veinte millones de personas han seguido el método transformacionista, pero esto es algo nuevo. John ha decidido que es el momento de apelar directamente a las personas como ustedes, que moldean la conciencia pública. Nuestra meta es *transformar* la conciencia de las masas, elevar la conciencia total de la raza humana a niveles aún